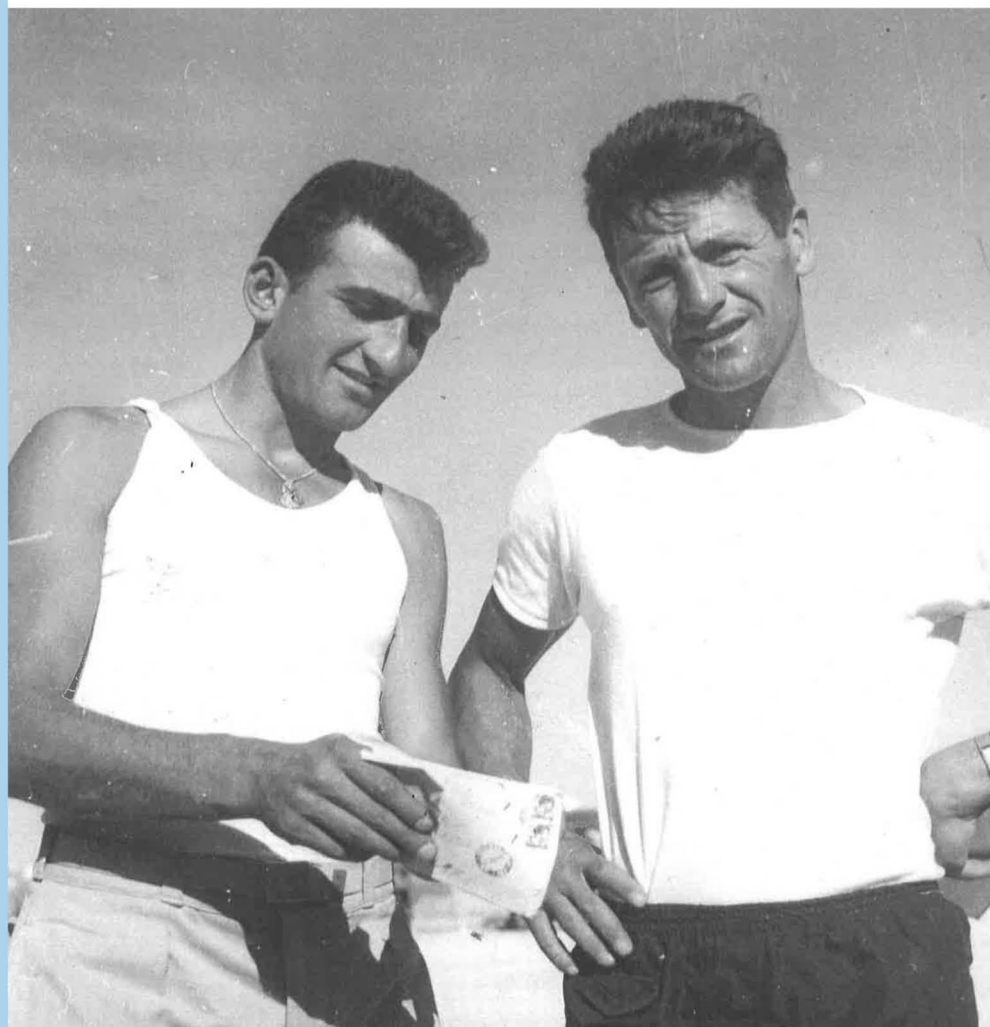


RODRIGO DE PABLO ORTIZ

Mañana veremos el mar



UNA INSÓLITA NOVELA SOBRE
EL DESARRAIGO, EL AMOR
Y LA BÚSQUEDA DE IDENTIDAD



Mañana veremos el mar

Rodrigo de Pablo Ortiz

Mañana veremos el mar

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: octubre de 2024

© Rodrigo de Pablo Ortiz, 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-128530-9-4
Dep. Legal: M-22502-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Amistad legionaria*

Impresión y producción gráfica: Ayregraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Mañana veremos el mar

A Cote y a Julia

*Cierro los ojos para ver
y siento
que me apuñalan fría,
justamente,
con ese hierro viejo:
la memoria.*

ÁNGEL GONZÁLEZ

I

ROQUE HA PERDIDO EL CONTROL. No deja de golpear al agente contra el retrete ni cuando la sangre que emana de su cráneo le cubre cálida y espesa hasta el codo. El cadáver aún tibio de su padre yace en la habitación de al lado, velado por su madre. Para Aurora el latigazo seco que ha borrado el brillo de la mirada a su marido ha sido casi un alivio. «Es su corazón o el mío», decía a veces cuando a Antonio se lo tragaba el bosque y medio pueblo mataba el tedio elucubrando en torno a otra fuga, otro sabotaje u otra ejecución.

Si fuera por los rumores, Antonio el Carbonero ya habría sido ajusticiado varias veces. Unas por maquis, otras por contrabandista y otras por enredarse en faldas inapropiadas. En los últimos años sus vecinos le habían anticipado tantas esquelas que habrían podido empapelar todo Vallirana con ellas. Sin embargo, ahora que un ataque al corazón ha acabado de verdad con él, lo último que espera su hijo es que vengan a arrestarlo.

La vida en casa no ha sido fácil y Roque se lo hace saber a su primera víctima, golpe a golpe. La amargura por cada sospecha, tortura y encierro va implícita en la rabia ciega de sus impactos. Las suspicacias habían aniquilado a su padre poco a poco, de forma discreta pero eficaz, y alguien tiene que pagarlo. Ahora que Roque advierte una ola de espasmos bajo las manos, nada le parece más seductor que la venganza. Puede matar a uno o a cien. Está en trance. No hay vuelta atrás.

Una vez que termina en el baño, Roque sale a dar caza al otro agente, que aguarda su final inmóvil, como un depredador lazado. Roque lo observa fugazmente. También es muy joven, casi un crío, y está temblando.

—¡No me mates! *Per la meva mare, no em matis!*

Cuando alguien olisca la muerte, regresa a su lengua, a su Dios y a su madre, pero no hay indulto. Roque lo sacrifica con aire funcional, igual que un matarife enfrentado a un eviscerado. El primer golpe, en la sien, le hace volar la capa. El segundo, en el mentón, lo clava de rodillas. El tercero, una patada en la tráquea, le extirpa el último asomo de vida a su rostro.

Cesan los puños y los quejidos. Roque resuella sin apenas aliento. Las manos apoyadas sobre las rodillas. La barbilla hundida en el pecho. Consumado el castigo, ¿cuándo sobreviene el resarcimiento? Tal vez no lo haya porque no hay compensación para un padre muerto. Si cierra los ojos, a Roque le persigue el tacto de su frente lívida y cerosa. La rara visión de la nariz misteriosamente acentuada. Las manos enjutas, con la punta fría de los dedos tocándose entre sí, como si pertenecieran a un siniestro jugador de ajedrez.

—Ya nadie nos hará daño —murmura—. Nada podrá conmigo —trata de convencerse, como si así pudiera afianzarse sobre la ciénaga que crece bajo sus pies.

Alrededor danza el silencio, un sigilo espeso que comprime el pecho y ahoga la garganta de quienes lo respiran.

«Ay, Aurora. ¡Qué desgracia!». Susurros que son aullidos. «Es una tragedia para toda la vida». Ojos que preferirían no ver. «No hay consuelo para tanta calamidad». El viento esparciendo la hiel.

Sin saberlo, el hijo de los Falconer, el muchacho que va para figura del Barcelona, acaba de regatear los sueños que le pintan los goles de César y Escolà por el apremio del exilio y el escarmiento del desarraigo.

1

Ya se lo decían a Antonio:

—El *noi* vale. Llévalo a probar a Barcelona antes de que un animal le deje aquí la rodilla como una carraca.

De niño Roque sostenía su fragilidad sobre dos alambres arqueados. Sus piernitas eran apenas una horquilla de la que brotaba el balón, un apéndice que Aurora le había tejido con jirones de vestidos ya paseados por otras mujeres.

A ojos de Roque, su madre no era costurera, sino la alquimista capaz de transformar cuatro harapos en el motor de su existencia. Roque se convirtió en un niño pegado a una pelota. Solía jugar en el angosto callejón que había frente a la casa del abuelo Joaquín, del que nadie hablaba nunca. De puertas adentro, el padre de su madre era una sombra incómoda, un pronombre personal, nadie, porque a nadie se le ocurría jamás pronunciar su nombre. Lo único que Roque sabía de su abuelo era el lugar donde se había dejado morir. Aquel portón carcomido que hacía de portería guardaba sus

últimas huellas, sobre las que alguien había garabateado después que las *Juventuts d'Esquerra Republicana* lucharían hasta el fin en defensa de Cataluña.

El callejón del abuelo Joaquín era una jungla de piernas hueudas y desbocadas, con estruendos de golpes, alborozos de gol y bufidos de refriega. En invierno, entre vaharadas y chapoteos de botas enlodazadas. En verano, con floración de espaldas y pantorrillas abrasadas por el sol. Durante las tardes de polvo y sed, las ventanas de las casas se abrían de par en par. A veces los niños oían a las vecinas canturrear mientras sacudían las sábanas de hilo volcadas sobre el alféizar. Otras advertían una olla silbar como haría el tren que nunca llegó a Vallirana. Y también alcanzaban a distinguir el rumor discontinuo de la radio, con su extenso repertorio de misas, seriales y cuplés, sobre todo uno de Reyes Castizo, apodada la Yankee, que había hecho furor en los cabarés de Madrid:

*Madre, cómprame un negro, cómprame un negro en el bazar.
Que baile el charlestón y que toque el jazz-band.
Madre, yo quiero un negro, yo quiero un negro para bailar.*

Roque era menudo, intuitivo y ligero, y siempre salía triunfante con la pelota cosida a su zurda tras dejar atrás una estampida de niños jadeantes. Sin embargo, le gustaba más servir que marcar goles.

—Es tan tímido como su padre —decían de él—. No chuta por no llamar la atención.

El hijo del Carbonero prefería la discreción del gregario al protagonismo acaparador del héroe fugaz. En el campo solía desenvolverse por las orillas, y en las fotos del equipo había que buscarlo en alguna de sus cuatro esquinas, amarrado al hombro de Joan el Aneguet. Los niños apodaban *el Patito* al amigo de Roque

porque era patizambo. Sin embargo, o quizá por eso, marcaba goles inverosímiles. Su deformidad, muy a su pesar, le convertía en un virtuoso imprevisible.

El Aneguet vivía en una casa con tres balcones. Sus padres tenían huerto, bodega y gallinero. Y cuando los cupones de racionamiento no alcanzaban, Aurora le pedía a Roque que les llevara una falda respunteada o una funda de cojín a cambio de dos docenas de huevos y de un manojo de *calçots*.

A Roque las tardes se le hacían noches y volvía a casa con las costuras del balón estampadas sobre la camisa, los pantalones y la frente.

—¿Qué voy a hacer contigo? —reclamaba Aurora—. ¡¿Me puedes decir qué puedo hacer contigo?!

Roque no respondía, pero su boca se curvaba en una mueca que emparentaba con la satisfacción. Le hacía gracia aquella expresión que ya había escuchado en la voz de otras madres. «¡¿Qué voy a hacer contigo?!», clamaban de lo más irritadas. No se trataba de una pregunta ni de un lamento. Era pura retórica y no había mucho que contestar. Su madre, rodeada de bobinas de hilo y corchetes, no entendía que aquellos lamparones eran la constatación del deber cumplido, las medallas que alicataban los sueños, las secuelas que uno se lleva al hogar después de librar una batalla. Se podía ganar o perder, eso era lo de menos, pero en el callejón del abuelo Joaquín estaba mal visto regresar a casa sin una mancha o una herida abierta que revelaran la entrega derrochada.

Un verano el callejón se encogió. Los niños ya no cabían en los márgenes de las aceras. A Roque no le servían los zapatos ni las camisas ni las medias. Se veía deforme, asimétrico. Los huesos iban armando por su cuenta una estructura ajena. El espejo le descubrió una frente amplia. Los ojos habían horadado su lugar aprovechando

un talud en los pómulos. El hijo del Carbonero creció tanto que se acostumbró a observar desde las alturas a sus padres y a sus compañeros de la escuela. Y también a los rivales, ellos también se le quedaron pequeños.

—Deberías llevarlo a Barcelona para que lo vean jugar —le seguían diciendo a Antonio.

—Tiene una zurda de categoría. Si la pule *una mica*, será la mejor de Cataluña —le repetía don Jaume, el antiguo maestro, de quien alguien había tejido la leyenda de una prometedor carrera en el Barcelona truncada a traición por una lesión de menisco.

Los cartílagos de la rodilla de don Jaume eran materia de estudio en la escuela. Los muchachos transmitían la historia de generación en generación y la adornaban cada curso con nuevas epopeyas. Unos decían que había marcado muchos goles en Primera, otros que una vez lo llamó la Selección. Sin embargo, para desgracia de don Jaume, la realidad había sido más sombría que el relato. El fútbol le dio la espalda cuando derramó media botella de acetileno sobre sus rodillas. Entonces trabajaba como meritorio en una fábrica de combustible y jugaba de defensa en el Europa. De un día para otro, se quedó con las piernas abrasadas y sin porvenir, y se hizo maestro. Al estallar la guerra, don Jaume fue encerrado en los calabozos del ayuntamiento por —según dijeron— promulgar la escuela laica. Cuando lo sacaron, le invitaron a que no saliera de su casa. Allí desentrañaba mapas de lugares remotos y leía poemas de Carner en voz baja. Más allá de la sala de estar, su microcosmos acababa en la bodega desde la que se asomaba a ver jugar a sus alumnos.

Una mañana Antonio escuchó. Ni los aduladores de verbo fácil ni la perspectiva de una gloria incierta le conmovían, pero aquel día despertó a Roque temprano y, sin mucha convicción, fue al encuentro de don Jaume. El maestro le había hablado del

señor Boter, un amigo del Europa cuyo criterio era respetado en el Barcelona. Por lo visto, tenía ojo para los jóvenes con talento y organizaba pachangas en la calle Cerdeña entre los chavales que le llamaban la atención.

—Tienes que ver a un chico de mi pueblo —le había dicho don Jaume alguna vez—, te aseguro que va para figura.

Antonio y Roque circularon hasta el barrio de Gracia a bordo del auto del maestro, una ruidosa cafetera que se arrastraba por las calles entre estertores de gasógeno. A la sombra de una tribuna recién levantada había un corro de niños con pinta de haber sido baqueteados entre abrevaderos, escombreras y patios sin luz. En el centro, engullido por el enjambre de críos hambrientos, apenas se distinguía el contorno de la gabardina y la voluta de humo del cigarro del señor Boter. A su lado, un tipo orondo trataba de poner orden a golpe de silbato:

—A ver, los que vienen de La Alegría a este lado. Los de La Unión, a este otro. ¡No os arremolinéis, por favor! ¡Si no dejáis de alborotar, no empezaremos nunca!

El auto de don Jaume se detuvo frente a la puerta entornada del campo. Roque abrió los ojos como quien ve algo sublime por primera vez. Su padre, no. Para Antonio entusiasmarse formaba parte del pasado, como poner a parir al alcalde en público o tomar chocolate con picatostes en el café.

—Vaya numerito tiene montado aquí tu amigo. Dan ganas de dar media vuelta —espetó.

Antonio había hecho del sarcasmo un hábito recurrente, pero en sus palabras había más resignación que fastidio. Don Jaume lo sabía y desplazó su atención a Roque. Él sí tenía algo que ganar y que perder. Su batalla crucial no era antes, sino ahora.

—¿Estás nervioso?

—Un poco, sí.

—Es normal, no te apures —trató de tranquilizarle mientras se afanaba en encontrar algo en el bolsillo interior de su americana de lana inglesa—. ¡Aquí está! —proclamó victorioso—. Lee esto, a mí me funciona. No sabes lo útiles que son los poetas.

Roque tomó la cuartilla que le ofrecía el profesor. En ella había escritos cuatro versos:

*Cuatro cosas tiene el hombre
que no sirven en la mar:
ancla, gobernalle y remos,
y miedo de naufragar.*

—A veces hay que ser como una gota de agua —apostilló don Jaime—. Preocúpate solo de jugar. Diviértete y no temas nada, como si navegaras por un océano en calma.

—Al final vas a amariconarme al chico —reclamó Antonio.

Roque hizo caso al maestro y fue una ola sobre la tierra de aquel mar rectangular. El hijo del Carbonero supo al fin cómo rodaba una pelota de verdad. La pelota y él intimaron como si ya se conocieran. El cuero cosido en doce gajos solo quería ser acariciado por las botas del niño desgarbado que venía de Vallirana. Nunca un aprendiz lo había tratado tan bien y pocas veces las zancadas de Roque habían resultado tan elegantes. Bastaron algunos regates, dos paredes y un zapatazo para que quienes los observaban se convencieran. Y, de pronto, sonó el silbato.

—Tú, Falconer, ¿no? Vístete y ve con tu padre a las oficinas de Les Corts —anunció el tipo orondo, que iba embutido en un pantalón corto azul que le gangrenaba los muslos.

—¡Te lo dije, Antonio, el chico jugará en el Barcelona! —celebró don Jaime.

Antonio callaba.

—¿Has visto esa zancada? ¡La prensa lo llamará el galgo del Llobregat!

El maestro agitaba las manos como si pudieran desenredar la desconfianza que nublaba la mirada de Antonio.

—¡El galgo del Llobregat! —repitió, antes de claudicar ante la indiferencia del padre de su hallazgo futbolístico.

Roque danzaba sobre las aguas. Se sentía bendecido por alguna divinidad mientras la tartana del maestro le dirigía al campo de Les Corts. Sabía que no corrían buenos tiempos para el Barcelona. Medio equipo se había exiliado y los que se habían quedado casi lo bajan a Segunda, pero iba a ponerse la zamarra azul y grana, lo demás no importaba.

Nada más bajar del coche, Antonio notó algo distinto en la fachada del estadio: «Club de Fútbol Barcelona», decían unas letras enormes recién castellanizadas.

—Vámonos —rezongó—, este equipo ya no nos representa.

—Antonio —terció don Jaime—, estamos aquí por el crío, no por nosotros.

—Al escudo se le han caído dos barras rojas o es que los fascistas no respetan nada —protestó de nuevo al ver cómo la señera del emblema había mutado en bandera roja y gualda.

Antes de que el padre de Roque pudiera cumplir su amenaza, salió a su encuentro un tipo joven con el pelo negro relamido hacia atrás. Vestía un impecable traje oscuro, como los galanes que seducían a Pastora Peña en las películas de Juan de Orduña.

—Si les envía el señor Boter, vengan conmigo, por favor —les indicó con tono de alguacil.

Antonio no le quitaba el ojo de encima a su anfitrión. Aquel tipo endomingado le resultaba fuera de lugar, aunque tal vez fuera

él quien no encajara allí. Esa fue su conclusión al traspasar el umbral de un despacho enmoquetado y ver que no era Joan Gamper, sino un retrato del marqués de la Mesa de Asta quien presidía la sala junto a una fotografía del Caudillo y una bandera nacional.

—Impostores... —masculló.

Don Jaime apretó el antebrazo de Antonio, pero no evitó que el Carbonero rematara su reproche, aunque en voz más baja:

—Si Gamper levantara la cabeza, volvería a pegarse un tiro.

Hubo una conversación breve y protocolaria. Antonio firmó a regañadientes un par de documentos. Cedía el talento incipiente de su hijo a unos tipos que habían adulterado el espíritu del equipo que él había sentido suyo, nunca con demasiado entusiasmo, pero sí con cierta admiración.

Roque, mientras, miraba anonadado la colección de copas que se arracimaba en las vitrinas. Eran tantas que nadie se había tomado la molestia de sacarles brillo ni de ordenarlas. Las plaquitas grabadas en las peanas evocaban el lugar y la fecha de cada conquista, pero los trofeos estaban tan descuidados que parecían recompensas olvidadas, botines menores que no valía la pena recordar.

—Por la foto de la ficha no se preocupen, que nos la traiga Roque el próximo día —concluyó el protocolo el adonis importado del celuloide—. Y una cosa más —dijo aún—, como al chico le hará ilusión ver el campo, desanden el pasillo y suban las primeras escaleras que se encuentren a la derecha.

Los tres salieron del despacho y retrocedieron bajo varias arcadas de hormigón. El sol se filtraba a través de los vomitorios. El fulgor del mediodía envolvió la primera visión que Roque tuvo de aquel espacio sagrado. La luz reverberaba sobre la hierba mojada. El verde resplandecía. Roque sintió lo que un niño de la meseta

cuando un verano descubre el mar. Se imaginó regateando rivales en galopadas extenuantes junto a la cal. También miró a la tribuna y la sintió en ebullición.

—Pocos lugares vacíos rebosan tanta vida, ¿verdad? —intervino don Jaime, sin disimular su emoción.

Roque entendió que tantos años de arrebato y amargura estaban ahí, latentes, impregnando con su hálito el cemento inerte. Si se fijaba, podía oír el eco de los goles y el estruendo de los fracasos; el aliento inagotable de quien espera un milagro en cada jugada y el reniego inapelable del que jura que no volverá y vuelve. El estadio tenía memoria y hablaba si se le escuchaba.

De regreso a Vallirana, Roque flotaba sobre la nebulosa oscura que envolvía al auto de don Jaime. Con la sien apoyada en el cristal y la ciudad desfilando ante su mirada, presintió que nunca en su vida, aunque le viniera encima una cascada de desgracias, o por más dicha que le aguardara, jamás, de eso estaba seguro, olvidaría aquel día.

2

En casa era difícil no escuchar los lamentos de Antonio.

—¿Por qué nos odian tanto? —le decía a Aurora detrás de alguna puerta mal cerrada.

Roque sabía que se dirigía a su madre porque la interpelaba.

—No te creas los comadros de la calle. Son chismes sin fundamento. Si paso algunas noches fuera de casa es porque tengo que trabajar.

—Pero los vecinos murmuran, Antonio.

—La gente habla demasiado. Por vicio o por aburrimiento, el caso es hablar.

Antonio se había convertido en un tipo acre, desabrido y difícil de lidiar. Los que lo conocían daban fe de que no siempre había sido así. De joven era afable y desprendido. No escatimaba prudencia ni regalaba elogios, pero tenía sus galanterías. Aurora bromeaba diciendo que se le declaró sin mediar palabra, arqueando las cejas nada más, tal era su don para seducir.

Aurora había llegado de Murcia de la mano de su padre, a quien la compañía de tranvías había empleado como perito en la construcción del metro de Barcelona. Como era huérfana de madre, fue ella quien se ocupó del hogar, pero no tardó en comprender que los billetes no volvían de las tabernas ni brotaban del subsuelo de la Diagonal. Tuvo que emplearse en lo primero que encontró. Al principio trabajó por temporadas en la vendimia de Can Rovira. Después, ya con salario fijo, como urdidora en la fábrica de seda que había junto al puente de Llinars. El taller era enorme. Tenía setenta telares, dos mecánicos y cuatro contra maestres. Aurora veía pasar los días encerrada en una gran nave sin ventanas donde estaban el ahogador, las palanquillas y los devanadores. Cada tarde, al sonar la sirena, atravesaba ansiosa el patio que daba a la calle Mayor. Allí solía cruzarse con Antonio, que se apeaba del autobús de línea que venía de la Sagrera. Con el tiempo, la costumbre se hizo afición, y los dos procuraban acudir puntuales al lugar donde sabían que iban a encontrarse.

Antonio nunca fue un tipo melifluo. De novios, como mucho, se limitaba a cumplir con un piropo amable o a ofrecer el brazo en algún paseo nocturno bajo la hilera de plátanos de la calle Mayor. Aurora le recriminaba que nunca la presentara a sus amigos o que no fueran juntos al café.

—¿Para qué quieres ir, mujer? —se excusaba él—. Si allí solo se habla de política y se juega al fútbolín.

En Vallirana había dos cafés, uno en cada extremo del pueblo. En el café de Abajo Antonio conoció a Félix el Largo, quien, por aquellos días, iba de mesa en mesa vendiendo cucuruchos de altramuces. Según el padre de Aurora, él fue quien le llenó la cabeza de pájaros a Antonio. El abuelo Joaquín frecuentaba el café de Arriba, que era el de la gente de orden y las tradiciones férreas. Antonio y su suegro nunca discutieron sobre la *Sanjurjada*, el federalismo o el color de los regidores que se desbancaban en la alcaldía. No era necesario. Ambos sabían de qué pie cojeaba el otro, y preferían ignorarse antes que enfrentarse.

Cuando Roque nació, Aurora dejó el taller. Para entonces, su marido y su padre ya no se hablaban. «Mejor así —se resignaba ella—, bastantes turbulencias hay en la calle como para tenerlas también en casa».

Antonio fabricaba vehículos blindados y motores de cuatro cilindros en la Hispano-Suiza. No le iba mal, pero pronto llegaron las huelgas, los flirteos con la CNT y la guerra. El comité revolucionario se hizo con el control del pueblo. Félix el Largo colectivizó una granja de pollos, requisó un par de autobuses y asaltó el cuartel, pero no disparó un solo tiro.

—La sangre es como el vino —le advertía a Antonio—. Cuando comienzas, no sabes cómo acabarás, así que mejor no emborracharse.

El terror se desbocó en las aldeas colindantes. Por la noche se oían ráfagas de disparos provenientes de la carretera de Santa Creu y los bosques de Lledoner. Había payeses que salían a trabajar y no volvían. Las patrullas de control enterraban los muertos a paladas entre los olivos del camino de Campderrós. Las cosas se pusieron

tan feas que el Largo cedió el mando al Ayuntamiento y se incorporó a las filas del Ejército Popular.

El nuevo alcalde mandó fundir las campanas de la iglesia y utilizó su nave central como hangar del Ejército del Aire. El abuelo Joaquín se encastilló tras el portón de su casa y murió alcoholizado temiendo que un día fueran a buscarlo. Aurora lo supo cuando el hedor que desprendía su cadáver se hizo insostenible. Al echar la puerta abajo, los vecinos encontraron su cuerpo hinchado, con la piel arrancada y cubierto de moscas. Aurora no lloró ni rezó. Sencillamente se vistió de negro y dejó de hablar de él porque salvar a los vivos le preocupaba más que honrar a los muertos.

Llegaron del Ebro camionetas repletas de viejos, mujeres y niños. Algunos bebés agonizaban en los brazos de sus madres entre temblores, sudor frío y flemas de sangre. Si los recién llegados estaban sanos, el Ayuntamiento los agrupaba en Can Julià o en la masía de la Llibra. A Roque le producían una rara fascinación. Le parecían fantasmas, porque miraban triste y caminaban mudos, con la cabeza hundida sobre los hombros caídos.

Félix jamás volvió del frente y Antonio se reprochó no haberle acompañado. Se encerró en la sala donde Aurora cosía por las tardes. La mirada perdida tras el ventanal, abismada en algún lugar vago de donde no quería regresar. Así, hasta que una mañana anunció que dejaría la fábrica. Era la primavera de 1939, y tenía delante una foto del Caudillo durante el desfile de la victoria.

—Si el dictador quiere pasearse en carroza, que se la hagan los fascistas —fue todo lo que dijo.

Antonio reunió sus ahorros y compró a plazos un viejo camión Ford doble A de dieciocho caballos y basculante mecánico. La reliquia se arrancaba a manivela y protestaba al arrastrarse por las trochas que conectaban Barcelona con las minas de carbón del

Berguedà. Antonio decía que transportar la roca negra que colmaba la panza del Cadí «era una buena idea». La expansión industrial de Barcelona engullía toneladas a diario. La ciudad crecía, se calentaba y se iluminaba gracias a ella, así que el negocio no tardó en prosperar.

Al principio, subía a pie de veta una vez por semana. Después, tres. Más tarde, cinco. Y así hasta que desaparecía durante semanas sin dar señales de vida. Fue entonces cuando en el pueblo empezaron a llamarle el Carbonero y cuando las murmuraciones de algunos vecinos se olvidaron de comedimientos:

—Dicen que Antonio Falconer es maquis.

—Tanto andar con mineros es lo que trae...

—Seguro que está por ahí con otras mujeres, que esa gente ya se sabe.

—Pobre Aurora, con lo buena que es y lo que tiene que aguantar.

Aurora dejó de hacer preguntas porque temía que no le gustaran las respuestas. Se refugió en cualquier tarea que le evitara pensar. A Roque le faltaban días para estrenar las chaquetas que le tejía a partir de otras ya remendadas, y nunca había probado tantos guisos, aunque todos fueran de algarrobas. «És temps de garrofes», anunciaba ella con su acento de panocha, y se remangaba para aplicarse sobre los calderos. Si hacía frío, Aurora trituraba los frutos hasta convertirlos en puré con pan, ajo y algunas hierbas. Si hacía calor, los servía crudos, pero a Roque le parecían un manjar. Su madre no languidecía, eso creía, pero en realidad su afán por evadirse tenía las piernas más cortas que la preocupación. Las sombras que acompañan a la angustia terminaban por alcanzarla, siempre en soledad, solo de puertas adentro.

Cada silencio, como cada tejido, tenía su textura. Si Antonio estaba en casa, era frío y liso, resbaladizo como la seda a punto de

quebrase. En su ausencia, era más poroso, áspero como la estopa. Entonces Aurora sorprendía a Roque con propuestas que a él le parecían disparatadas.

—¿Y si un día salimos al campo a pintar o a buscar *bolets*?

Las invitaciones sonaban a súplica desesperada, y eso a Roque le irritaba. Detestaba percibir en su madre cualquier asomo de fragilidad. Negándole ese derecho, se defendía él de su propia debilidad.

Aurora hacía como si no oyera los chismes de la calle ni le afectara el desdén de su hijo. Frecuentaba las escuelas nacionales para que don Rogelio le pusiera al tanto de los progresos de Roque. De vuelta, pasaba a saludar también a don Jaume, y disfrazaba su angustia de curiosidad preguntando si «por casualidad» sabía dónde estaba su marido.

Una tarde, de regreso a casa, Aurora advirtió cómo alguien apresuraba el paso detrás de ella.

—Ave María Purísima —dijo la incómoda presencia mientras la sujetaba del brazo y se convertía en don Sebastián, el párroco de la iglesia.

Aurora, sobresaltada por lo abrupto del encuentro, no acertó a responder.

—Sin pecado concebida... —se adelantó él.

A Aurora todos los curas le parecían iguales, y aquel no era una excepción. Don Sebastián aún era joven, pero ya había desfilado bajo una boina roja antes de ingresar en el seminario del Ensanche. Siempre vestía sotana negra de una pieza hasta los pies, tenía el rostro afilado y era alto, tanto que su tonsura solo era visible los domingos, cuando se postraba ceremonial ante el altar. Su mezcla de afectación y presuntuosidad a Aurora le causaba repulsión.

—Ay, señora Falconer, ¿ve los efectos de la desacralización? Sin pe-ca-do con-ce-bi-da —articuló él, remarcando cada sílaba en un alarde de alveolares, oclusivas bilabiales y fricativas interdenta-les.

—No tengo intención de confesarme, padre —quiso zanjar el asunto Aurora.

—Mi querida señora, sé por el calvario que está pasando. No es fácil ser la esposa de un... de un maleante. Yo estoy aquí para confortarla y limpiar su alma —bisbiseó el cura con una pose de magnanimidad que aún le hizo parecer más abominable.

Aurora frenó en seco.

—Ni mi marido es un maleante ni mi alma está sucia.

Don Sebastián contuvo una sonrisa indescifrable y dio un paso atrás antes de despedirse con falsa condescendencia:

—Haga examen de conciencia. Puede ir en paz... —concluyó mientras dibujaba una cruz en el aire.

Un relámpago de cólera recorrió la espina dorsal de Aurora. Sus piernas caminaban solas, trémulas, desconectadas de la voluntad. La mujer del Carbonero no quería dejarse infectar por la rabia. A diferencia de su marido, esa era la única derrota que se resistía a aceptar. El sosiego era su último bastión, y no quería entregárselo a nadie tan fácilmente.

Antonio nunca supo de aquel encuentro. Hubiera sido peor, porque él ya no filtraba sus reacciones a través del tamiz de la prudencia. El Carbonero asumía sobre su espalda los agujonazos de un buen puñado de índices acusadores, pero no estaba dispuesto a lidiar con el sentimiento de culpa que intentaban inocularle a su familia.

—¿Por qué nos odian tanto? —seguía lamentándose detrás de la puerta mal cerrada.

Antonio no decía nada más, y ese silencio a Aurora le cortaba como una lija:

—Escúchame, tenemos un hijo. No te perdonaré si le pasa algo por tu culpa.

Roque escuchaba con la espalda apoyada en la bisagra.

—Los hijos no tienen la culpa de los errores de los adultos —la voz de Aurora sonaba cada vez más agitada.

Por primera vez, Roque desconfió de su padre. ¿A qué se debía su silencio? ¿Qué ser deleznable ponía en riesgo a su hijo? ¿Por qué nunca le había montado en su camión?

La puerta se abrió, y Antonio apareció al otro lado del umbral extrañamente sereno.

—*Noiet*, ven aquí.

Cuando Antonio lo llamaba así, moldeaba la aspereza de su tono para que su hijo cabalgara sobre él y se dirigiera al lugar preciso donde quería llevarlo. Roque sabía que debía escuchar. Aquellas palabras eran solo para él. Ambos compartían una confianza que no debía resbalar por su memoria.

—Nunca te arrastres, *noiet*. Quien pierde pero sigue librando su batalla nunca será preso de nadie. La obstinación es el último reducto de nuestra libertad.

De la misma forma que Aurora mantenía en salmuera los pedazos de la matanza que aún no había llegado el momento de comer, Roque hizo acopio de aquellas palabras y las guardó en el arcón de los recuerdos. Allí se propuso conservarlas sin que se descompusieran hasta que un día pudiera digerirlas con todos sus matices. Mientras, le iba a resultar más sencillo hacer caso a don Jaume, que le insistía en que disfrutara de la pelota y no tuviera miedo a naufragar.

Le costó un par de meses y algunas reprimendas dejarse la timidez en el vestuario. Ocurrió una mañana tan fría que la escaracha había trazado sus propias líneas sobre el campo de tierra. En uno de los últimos lances del partido, Roque acertó al fin con la diana y supo lo que era sostener sobre los hombros el fervor de media docena de adolescentes enloquecidos. El chut que viajó desde su zurda hasta la red no pasaría a la historia por la belleza de su ejecución ni por la relevancia de lo que estaba en juego. De hecho, era uno de esos torneos que la memoria no tiene motivos para rescatar, pero fue la primera vez que Roque protagonizaba un triunfo. Ya se guardaría él de no olvidarlo jamás.

Marcar goles no le obsesionaba. A otros compañeros, sí. Y más que a ellos, a sus padres, que se consumían tras la valla con cada balón dirigido al lugar equivocado. A Roque le turbaban sus gruñidos. Los éxtasis duraban menos que el tránsito de un acierto a un error. Le asustaba fallar más que perder, y buscaba asilo en los sectores del campo donde pasara inadvertido. Correr, corría, pero siempre hacia espacios donde sus compañeros no le encontraban. Si luego se perdía, se repartían alícuotamente las responsabilidades, pero cargar sobre su espalda con la culpa de la oportunidad crucial enviada al limbo era un peso demasiado incómodo para él.

Aquella mañana el fútbol le pareció sencillo otra vez, como si hubiera vuelto al callejón del abuelo Joaquín. El tipo del pelo engominado entró en el vestuario después del partido. Roque no lo veía desde que su padre firmó los contratos. Lo observó de reojo mientras se desanudaba los cordones. Oía a fragancia cara.